

QUÉ ESPERANZA HAY SOBRE LOS ESCENARIOS

[Abel Neves]

Tampoco yo estoy seguro de nada, probablemente no sé de lo que hablo, tal vez apenas la intuición de una insuficiente arte combinatoria, y de vez en cuando también las nieblas que hacen del paisaje una vieja pintura china. Pero siempre las hubo. La melancolía vino con la humanidad. Escribir será siempre alimentar la ilusión de los otros, después de procurarse para uno, la armonía con los mundos. ¿Será fácil vivir y estar en la literatura? Quiero decir, ¿será fácil aceptar el compromiso con el arte que exige la separación de las aguas? En el juego de las evidencias el teatro puede representar el grado inferior, o superior de la vida, pero dependerá de lo que en él seamos capaces de ofrecer. De vez en cuando somos hábiles y nos convertimos en malabaristas en el arte del espectáculo. ¿Y quién puede impedirnos las preocupaciones de la ilusión y del disparate? Me canso con las inmensas formalidades pero la verdad es que tenemos la pobreza a las puertas del teatro. Son todavía tantas las prácticas del dolor en la condición humana que se puede desear nunca perder el humor, esa disposición instintiva para el alivio. ¿Y si me falta el humor? ¿Y si no hubiera palabra que valga la pena ser pensada y escrita? Necesitará tanto el teatro de palabras recompuestas, de este acentuado gusto por las maniobras de lo que nos vamos diciendo los unos a los otros en la vida real? Definitivamente escribir es un acto independiente, absolutamente diferente al acto de jugar a la representación con los sentidos del público, yo creo, como muchos, que palabra es acción.

¿Qué esperanza hay sobre los escenarios para que las personas decidan levantar las posaderas de sus sillas y volver a visitar la casa de los comediantes?

En el teatro miramos hacia dentro del mundo porque allí nos encontramos con la atención más clara, una disponibilidad más justa, podemos entenderlo mejor, como si hubiese la necesidad de domesticarlo, siempre cada vez más. De este modo, el mundo es un lugar salvaje y el teatro un lugar de cultura. Pero pasará lo mismo con los libros, los jardines, con algunos diálogos en la calle, en la mesa. Depende del gusto que vamos teniendo y de la atención que prestemos, y de tanto elogiarnos, la vanidad puede dañar al teatro. Y me acuerdo del pintor valenciano Ignacio Pinazo, o de las muchas tablas de madera pintadas al óleo: «Con elogios soy mal pintor».

Lavo los platos, la ropa, extendiendo los calcetines al sol, preparo una sopa de siete legumbres, y me siento a escribir. Estas acciones mínimas anteriores a la reflexión influyen lo que debo o no decir ahora. Hace algunos días, el 10 de Agosto, en la aldea de Campo Benfeito, en el interior serrano de Portugal, y después de haber iniciado hace siete años una feliz aventura teatral con un espectáculo para el cual contribuí con el texto, *Lobo-Wolf*, un pequeño grupo de personas, viviendo en la población (ahora seis, y tienen nombre: Graeme Pulleyn, Eduardo Correia, Carlos Cal, Paulo Duarte, Abel Duarte y Paula Teixeira), inauguraron su «Espacio MonteMuro», una

Definitivamente
escribir es un acto
independiente,
absolutamente
diferente al acto
de jugar a la
representación
con los sentidos
del público.



Escena de *Lobo-Wolf*, de Abel Neves.

amplia casa prefabricada entre robles y pantanos que mira hacia el poniente de la sierra, y que servirá con renovado placer para las nuevas aventuras. Es el lugar posible y, en una época en que una vez más se pretende despreciar las cosas de la cultura y la repuesta es lo banal y lo efímero (el romano Marco Aurelio decía lo mismo, «todo es banal y efímero»), mis amigos de MonteMuro, lejos de Lisboa, promueven la construcción de un espacio físico para el juego teatral. El lugar es esencial y siempre debe defenderse. Ya escribí que tuve la suerte de haber contribuido a las andanzas del Teatro Regional de la Sierra de MonteMuro, desde que *Lobo-Wolf* se estrenó en la vieja sala de piedra al lado de la capilla de Nuestra Señora del Fôjo donde los devotos todavía rezan dando la vuelta al templo y dejando una piedra en el pretil de la ventana que marca los pasos de la oración. En el Fôjo continúan los trabajos, otras obras, aumentando el interés de quien ya tenía alguno, el entusiasmo a quien no lo tenía, estimulando los gustos y los comentarios en cada nuevo espectáculo. El día 10 de Agosto del 2002, en una noche que fue de invierno, las personas de la aldea y los que quisieron unirse (casi doscientas de todas las edades) bajaron del Fôjo hasta el «Espacio MonteMuro» en un cortejo de linternas, exhibiendo cada uno la suya, construida libremente durante la tarde, en el viejo lugar. Linternas de bambú, mimbre y papel colorido. Hubo merienda antes del cortejo y la diversión fue teatral. Quien pudo participar se acordará de la belleza simple con que se abrieron, así, las puertas del «Espacio MonteMuro», con nosotros a coro, contando simplemente hasta tres. Hace algunos años, en 1986, también participé en la apertura de otra sala de espectáculos, la nueva sala de Comuna-Teatro de Pesquisa (donde trabajé por doce años) con un texto que a su vez inició mis andanzas «más seguras» en la dramaturgia, *Amadis*. Continuaron otros encuentros, nuevas personas, de otras geografías, otros textos e iniciaciones.

Hay algo muy útil que debería atravesar el arte de la escritura para el teatro: el servicio. No tengamos dudas: escribamos lo que escribamos, no tenemos que escribir lo que imaginamos que el público desea, pero en muchas situaciones él está esperándonos, tímido y disponible, en algún lugar de la sala, y deseando prendarse de lo que se nos acercó, antes, al espíritu. He tenido suerte, pero también es



Escena de *Amadis* de Abel Naves.

verdad que hago un esfuerzo para que al público le interese lo que a mí me parece bueno y verdadero, sin imposiciones, ni otra afirmación que no sea el ir escribiendo para el teatro. No es fácil, y los días han de encargarse de iluminar uno u otro diálogo. Veo tanta gente tan poco preocupada con lo que decimos o lo que hacemos que me pregunto insistentemente si, teniendo en cuenta a los otros, y por medio de la palabra, los esfuerzos para conseguir la belleza valen la pena. Pero este es el trabajo glorioso del texto, allá en los grados inferiores y que podrá apaciguar —¿quién sabe?— las últimas preocupaciones, las que inevitablemente nos desvían de nuestra condición actual y para concedernos el lugar de la pura virtualidad. ¿Y quién será yo para atribuirme misiones de rescate?

Creo en el teatro, es verdad, pero es preciso vivir con él, sintiendo la casa que es, sirviéndole para que algunas veces podamos también usarlo. Y es así como también creo en el texto, siendo necesario vivir con lo que digo. Cosas simples, como se ve, pero no siempre posibles.

Y la sopa está hirviendo. Hace mucho. ■

No tenemos que escribir lo que imaginamos que el público desea, pero en muchas situaciones él está esperándonos, tímido y disponible, en algún lugar de la sala, y deseando prendarse de lo que se nos acercó, antes, al espíritu.
